

tunadamente; porque una vez, como el Municipio hubiese dirigido al propietario, un herrero, algunas indicaciones acerca de esto, el amo de la casa, montando en cólera, hubo de responder que el Municipio debía tomarle en arrendamiento toda la casa, y que de no ser así, en lugar de una hostería pondría en el piso bajo... alguna cosa peor. La maestría quedó espantada al ver aquel cuarto, de cuyas paredes se caía el yeso á pedazos, y en que los primeros bancos se hallaban tocando con su mesa. Aún se turbó más cuando vió á sus treinta alumnas, desde las de nueve á las de quince años, las unas descalzas, las otras con las camisas sucias, que se estaban en la escuela sin quitarse de la cabeza el sombrero de paja, y se disputaban la pluma ó el tintero, prodigándose mutuamente nombres de los animales hembras que ellas mismas llevaban á pastar. Muy pronto tuvo también una prueba de lo que iban á ser los padres, porque al segundo día de clase presentóse en la escuela una campesina, madre de una alumna, para suplicarla que le cortase un par de camisas para su marido; y cuando oyó que la maestra, con mucha cortesía, se negaba á hacerlo, díjole muy descortésmente que, estando las maestras pagadas por el pueblo para enseñar á coser, parecía que debían considerarse obligadas á prestar estos insignificantes servicios á las familias de las gentes del campo, que pagaban los impuestos como todas las otras. Pero la maestra hubo de recibir todavía un golpe más duro. Sucedió que cierta mañana, mientras la maestra estaba dando lecciones de buen comportamiento y de moral, una discípula de las mayores fué acometida de mareos y vómitos, y tuvo que salir; lo mismo le ocurrió algunas otras veces, hasta que cesó de asistir á clase; y cuando la maestra pidió noticias de la muchacha, se le rieron descaradamente en su cara misma, y le respondieron (con dos palabras crudas): que dentro de nueve meses estaría curada. Esto la dejó como avergonzada y pensativa durante un día entero, y ni para leer tuvo en algún tiempo la cabeza. Pero en naturalezas como las de aquella joven, las ilusiones desvanecidas renacen con prontitud maravillosa, porque es la fantasía misma la que las necesita y las

crea, olvidando inmediatamente que son hechuras suyas. Por esto la maestría se rehizo muy pronto de aquellos desengaños, y prosiguió enseñando con el celo entusiástico de los principiantes. Entre tanto, en los días de vacaciones visitaba ya á una, ya á otra señora que la buscaban para estudiarla por dentro y por fuera, y la pobre no echaba de ver que en cada una de estas visitas dejaba ya una frase ligada, ya una palabra poética, alguna cita un poco impertinente, cualquier entonación de la voz ó cualquier gesto del semblante, que eran cogidos al vuelo y conservados para que sirviesen, primero como medio de maltratarla á espaldas suyas, y después para atormentarla á cara descubierta.

#### EL SEÑOR REALE

Emilio Ratti habló con la maestra nueva algunas veces, y si bien le recordaba, muy remotamente, aquella maestría vanidosilla de Garasco que iba anotando sus pensamientos «por los campos», comprendió que, en lo que se refiere á estudios, á educación y á talento, aún no siendo ésta una maravilla, no admitía parangón con la otra. Pero la señorita Gamelli le preguntó dos ó tres veces si tenía entre sus libros tal ó cual poeta contemporáneo, del que Emilio solía ignorar hasta el nombre, por lo cual el joven, que fácilmente se escamaba, sospechó que la muchacha le dirigía aquellas preguntas para que él comprendiese la superioridad que en ella había en cuanto á cultura literaria; y herido por esto en su orgullo, evitó las ocasiones de hablarla. Por razones completamente distintas procuraba también evitar la conversación del maestro señor Reale; pero sin conseguirlo del mismo modo, porque al salir de las escuelas respectivas habían de recorrer en direcciones opuestas la misma calle, y siempre que podía el compañero se le agregaba, co-

giéndole del brazo é imponiéndole su familiaridad. El tal señor Reale presentaba tres fases distintas durante el día. Por la mañana, en ayunas, con el estómago estropeado por la bebida de la noche anterior, tenía un humor de mil demonios; todo lo del pueblo lo miraba de reojo, y en la escuela echaba venablos por la boca. A cincuenta pasos de distancia del edificio, por la calle, se oía el ladrido de aquel mastín furioso:

—¡Calla, tunante, ó te hago un agujero en la barriga!

—¡Silencio, bestia, animal, puerco, asqueroso!

—¡A ver si callas, ó te arranco la piel del trasero!

En cierta época se había valido también, para imponer silencio, de un gran leño de los que le servían para combustible en la chimenea; golpeaba con él en la mesa con toda su fuerza, produciendo un ruido espantoso, que aturdió á los alumnos y no dejaba pegar los ojos á nadie en las cuatro casas contiguas; pero se vió precisado á renunciar á ese sistema de sostener orden á consecuencia de una protesta que habían elevado al Ayuntamiento las familias de aquella vecindad. En las lecciones de la tarde, después de haber vaciado las primeras copas de aguardiente, comenzaba su período de benevolencia expansiva, durante el cual dejaba á los discípulos hacer cuanto querían, y hasta reía á carcajadas, y bromeaba con ellos; este período duraba hasta las primeras horas de la noche, en las cuales pasaba Reale al café, donde, entreteniéndose y charlando con las autoridades, ejercía de buenazo, de guapo chico, corazón todo, y todo alegría. Pero luego, en la posada, en el círculo reducido de los amigos íntimos, cuando la exaltación demasiado continuada de los nervios acababa por convertirse en malestar rabioso, arremetía contra todo, pero siempre á propósito de un solo tema: la miserable condición en que, por el Gobierno y por el pueblo, se había dejado á la clase de maestros. Esta conversación había convertido en él en una especie de monomanía. Era Reale un ejemplar curioso del efecto que la propaganda periodística (aún siendo sacrosanta), cuando se hace en pro de determinadas clases sociales, produce en ciertos individuos de ésta: es á saber, im-

buirles poco á poco de cierto orgullo, si así puede llamarse, colectivo y entusiástico, en virtud del cual acaba cada uno atribuyéndose á sí propio la importancia de la clase entera; y poniendo en olvido que solamente es una de las cien mil ruedas de la máquina, considérase como la máquina misma.

De esta manera el maestro Reale, en su propia opinión, no era ya *un* maestro, sino *el* maestro, y no ya solamente *el* maestro, sino la misma instrucción popular encarnada. Con estas ideas, hacia ya algunos años, siempre que hallaba en un diario político ó profesional algún pensamiento ó párrafo que favorecieran á la clase, copiábalo en letra redonda en un pliego de papel, lo adornaba con un marco caligráfico y le pegaba en una de las paredes de su cuarto, que se hallaba tapizado con tales inscripciones. Leíase en aquellas paredes por aquí y por allá:—«Dadme la escuela, y transformaré la faz del mundo. (Leibnitz).—El maestro es el Atlante que lleva sobre sus hombros el mundo civil de las generaciones futuras.—Los maestros son la palanca de Arquímedes que ha de elevar la sociedad á nuevos destinos.—El maestro elemental es el oxígeno de todas las instituciones», etc. Las metáforas usuales con que los maestros suelen ser designados en los periódicos de la profesión: «dos parias del pensamiento, los mártires del abecedario, los siervos de la gleba en el mundo intelectual», y otras análogas, conservadas en su cerebro, formaban una colección, que habría podido ser riquísima si el alcohol no hubiese ido poco á poco desvaneciendo su memoria. Y cuanto más continuaba bebiendo, tanto más atrevido se hacía en discurrir nuevos medios para el triunfo de la santa causa. El último de estos medios que él discurría era, en realidad, terrible y grandioso: una huelga gigantesca, treinta mil maestros decididos que habrían de reunirse en una ciudad de las Marcas ó de Toscana, y dirigirse juntos á Roma, formados en columnas como un cuerpo de ejército, á exponer, «por última vez», sus quejas. Mientras eso llegaba, celebraba Reale todo caso de rebeldía individual, y era completamente dichoso cuando podía decir en su círculo de la noche:

—¿No han leído ustedes lo que se cuenta de los dos maestros del pueblo de Bañedo, que en medio de la plaza han apaleado al alcalde?

—Señores, ¡una novedad! ¡Una maestra que ha escupido en la cara al secretario general de Instrucción pública en Roma!

—Oigan ustedes esto: un maestro que ha disparado sendos tiros de revólver contra tres concejales del Ayuntamiento de Signocca.

El, sin embargo, estaba bien con las autoridades; tenía periodos efímeros de fervor religioso y momentos de borrachera, sensible, en la que hasta besaba la mano al cura, el cual en verdad solía protegerle porque era uno de los mejores cantantes de la parroquia. Por lo que al alcalde respecta, el maestro había logrado ganar la benevolencia de aquél, procurando con el mayor celo realizar los deseos del señor Lorsa, de que se enseñase á los niños, muy principalmente y sobre todo, á saludar á las autoridades y á saludarle á él, cuando el caso llegaba, con el respeto debido; de tal modo procedía en este punto el maestro Reale, que sus alumnos eran los más hábiles repartidores de saludos que había en el pueblo, y hasta los que andaban con la cabeza descubierta dirigían á las autoridades un saludo militar, y con un «A la orden» cantado, que parecía la entonación de los salmos. Gracias á esto transigía el alcalde con un su método lancasteriano, que consistía en hacer que diesen la lección los discípulos más adelantados, fingiendo que los escuchaba; y cuando se descubría alguna bribonada suya, como, por ejemplo, la de hacer que los niños le pagasen una cantidad por la tinta, que se daba gratuitamente, procuraba echar tierra al asunto. Sólo de vez en cuando le reprendía públicamente por su vicio de la bebida. Pero el maestro no había vuelto á beber aguardiente en público desde cierto día en el cual, como le sorprendiera el alcalde en el café en el momento de llevarce á la boca una copita de ese licor, le había dicho una palabra dura en presencia de otros: todas las tardes, entre doce y dos, enviaba para que se lo comprase á un muchacho, á quien daba instrucciones de que pasase por ciertas calles de travesía,

siempre pegado á la pared y ocultando la copa en un cestillo, porque había observado que el alcalde, cuando el mensajero pasaba por la calle Mayor, le seguía con la vista desde una ventana de su casa.

#### EN CASA DEL SEÑOR BRUNA

Emilio huía también de Reale, porque éste, después de haber sabido que Emilio estudiaba, había dado en la gracia de burlarse, entre un eructo y otro eructo, de aquellas «hermosas esperanzas», repitiéndole siempre una frase predilecta: «que era perder tiempo el «estudiar lo sabible» por una sociedad que no les pagaba ni siquiera la luz.»

La compañía de aquel borracho repugnaba á Emilio, como la imagen viva del deshonor de la propia clase. Pero habiéndosele presentado Reale en su casa una tarde de los primeros días de Noviembre para proponerle que «fuesen juntos á beber una botella en casa del señor Bruna», hubo de resignarse á salir de bracero con aquel colega, para comenzar un conocimiento que deseaba. El señor Bruna era uno de los dos maestros del instituto Bocci. Ya Emilio Ratti se había encontrado muchas veces en el pueblo con aquel curita de cabellos blancos y de rostro jovial, que le había producido la impresión de un buen amigo de otros tiempos, y del cual se le hubiese olvidado todo, hasta la fisonomía. Estaba el Instituto en un arrabalillo llamado del Sauce, y situado á una milla del pueblo. Encamináronse á él por una senda solitaria, en medio del campo completamente blanco y bajo un cielo completamente azul, en que brillaba un sol tibio de otoño. Andando y hablando juntamente y deteniéndose á cada momento para encender su pipa de zapatero de viejo, el maestro Reale explicó á Emilio con largos rodeos de palabras que el señor Bruna tenía un sobri-

no de veinticinco años, que era el otro maestro del Instituto, y una sobrina, prima de aquél, una pobre campesina, muy limitadita de alcances, la cual lo mismo que podía haber determinado colgarse de uno de los perales de la huerta, se había empeñado en ser maestra de niñas, y habiendo sido aquel año suspensa, por tercera vez, en los exámenes de reválida en Turín, había sentido tal vergüenza, que no se atrevía á tornar al pueblo, razón por la cual se había detenido tres meses en casa de una tía suya, y de regreso al cabo, no se dejaba ver hacía veinte días.

—Porque en este maldecido pueblo, que es peor que un presidio—gritó,—hay lenguas tan infames que si una pobre muchacha sale mal en sus exámenes, dicen que ha sido reprobada por su mala conducta notoria: una miserable mentira de esos canallas, porque esa chica, ¡voto á mil presbíteros! es una muchacha honrada...; y además una cara que pone miedo.

¡Hasta habían llegado á decir que la sobrina del señor Bruna había tenido un hijo por obra y gracia de aquel hocicón de clérigo flacucho de su primo! Lo mejor del caso es que las lenguas mismas que tal afirmaban, decían también que el primo había nacido con un defecto irreparable, y de tal naturaleza, que el Gran Turco habría podido darle un cargo de confianza en su palacio. En este punto el maestro señor Reale soltó una carcajada descompuesta, sosteniéndose el vientre con las manos, y después, amenazando con el puño á los techos blancos del pueblo, gritó enfurecido de nuevo:

—¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Ladrones!... ¡Y estúpidos y malvados nosotros que os enseñamos á leer!

Y no se tranquilizó hasta que hubieron llegado ante la puerta del Instituto.

Era un grupo de tres casas pobres, en una de las cuales se hallaban las dos habitaciones para las escuelas, reducidas y bajas de techo; en la otra un pisito con tres piezas, que habitaban el señor Bruna y su sobrina, y en la tercera, ocupada por una familia de campesinos, el zaquizamí del sobrino, maestro, instalado cerca del establo.

El señor Bruna se lanzó por una puertecilla con la

ligereza de un muchacho. Emilio quedó encantado de la agradable cordialidad con que lo recibió el sacerdote. Era de estatura cortísima, y pequeñito de todo; su sotana, extremadamente limpia y cuidada, habría sentado perfectamente á un seminarista de doce años; sus cabellos parecían de algodón blanco, sus ojos de azul limpidísimo, el rostro de excelente color, los dientes hermosos y una risa y una conversación y un aire de salud, de alegría, de ingenuidad que encantaban.

Contó primeramente el anciano un suceso cómico de su gato con un ratón, suceso acaecido pocos momentos antes, y después acompañó al maestro Emilio Ratti á visitar «el Instituto». Estaban haciendo la lección; en una de las escuelas había una cubeta humeante. Mientras visitaban aquella estancia, penetró en ella, sonriendo, una Maritormes vieja; mujer gordinflona de unos sesenta años, una caraza de máscara bufa, toda ella torso y trasero, con tres palnos, á lo sumo, de piernas, y que parecía como si estuviese cortada por las rodillas.

El maestro señor Reale dirigióse á ella y le dijo:

—Juana, es preciso que cuente usted al señor maestro la aventura del inspector.

La anciana soltó una risotada que nó se acababa nunca y que imprimía á su abdomen movimientos parecidos á los de una bailarina gitana.

Era una aventura muy sabida en el pueblo, de cierto inspector real del distrito, que habiendo llegado cierto día, solo y sin previo aviso, á visitar el Instituto, encontró en medio de la escuela á la criada que batía dos huevos en una cazuela, y sin dejarle tiempo para explicar que el señor Bruna la había encargado de vigilar durante una brevísima ausencia suya, la tomó por una maestra y le endilgó un larguísimo y severo discurso acerca del respeto que se debía á la escuela, con algunas palabras altisonantes y dificultosas, que la criada repetía después, estropeándolas de la manera más ridícula del mundo.

Luego que volvieron al patio, el señor Bruna llamó, dando una palmada, á su sobrino, el cual salió del establo, con la cara expresando gran asombro, inclinandose dos ó tres veces y balbuceando un saludo.

Maravillóse Emilio al ver aquella extravagante figura de sacristán, largo y flaco, con cara de anémico, cubierta por ligerísima pelusa amarillenta; andaba el tal como de puntillas, con el cuello torcido, la una mano en la otra y los codos pegados al cuerpo y casi sin atreverse á mirar cara á cara á las personas. Trazas tenía de hacer que sus alumnos masticasen Padrenuestros desde por la mañana hasta por la tarde, y sólo con verle podía jurarse que usaba camisas largas hasta los pies, y que para meterse en la cama apagaba la luz antes de desnudarse.

—¿Es el maestro nuevo?—dijo con un hilo de voz.—  
¡Oh! ¡Cuánto me alegro!

Y bajó la cabeza, retrocediendo un poco.

El señor Bruna hizo que le acompañasen todos al comedorcillo, donde se apercibía un grato aroma de miel, y mientras la criada destapaba una media botella y escanciaba, enseñó á los maestros un retrato antiguo, iluminado, de María Pía y del rey de Portugal, que había hallado él entre los papeles viejos, y al que había hecho poner un marco; habló en seguida de la casa, de los campesinos, del tiempo, de otras cien cosas, sin interrumpirse, bromeando siempre y frotándose constantemente las manos, como podría haber hecho enumerando una serie de bienandanzas.

Pero como el señor Reale preguntara noticias de su sobrina, el sacerdote paró un poco serio, y bajó la voz. La pobrecilla, del mucho leer, había contraído una dolencia en la vista y se había puesto á estudiar como una desesperada, para tornar á los exámenes por cuarta vez en el año venidero, y no había medios humanos de que renunciase á sus propósitos; afirmaba que no renunciaría á ellas mientras viviese.

—*Infundios*—gritó la criada; y prosiguió después, sin hacer maldito el caso de las señas que el señor Bruna le hacía para que callase:

—¡*Infundios!* y pilladas. ¡Ahora la han desairado otra vez, después de haberse matado á estudiar durante tres años la pobre criatura! ¡Cuánto me gustaría tener ocasión para decir cuatro verdades á esos señores maestros de Turín; cosas que sabemos todos y en todas partes: que solamente salen adelante las mu-

chachas bonitas, que se presentan vestidas á la última moda y se las echan de melindrosas y gesteras en los exámenes! ¡Es un escándalo!

Mucho más habría dicho; pero el señor Bruna la interrumpió haciendo ademán de meterla en la boca un sacacorchos, lo cual le hizo romper en grandes risas; con que tornó el cura á charlar jovialmente de su casa y de la existencia que allí llevaba.

—Así, ni más ni menos, como usted lo ve, señor Ratti, nuestra vida entera está aquí, entre estas cuatro paredes. Aquí vivo hace ya veinte años. ¿Cuántos millares de polentas hemos visto ya humear en este cuartito, Juana? El verano es un paraíso; vistas hermosísimas por todas partes, fuentes de agua exquisita, buenas calles, como usted habrá visto, y ¡una sombra! En invierno la noche se pasa en el establo. Leo algunas veces. Se juega á las cartas. Es verdad que todos los días se parecen demasiado unos á otros. Pero eso es la paz, ¿no es cierto?... Además... muy buena gente toda. Por los pequeñitos puede juzgarse de los grandes. Sería menester que viese usted á nuestros alumnos. Pero á bien que los de usted serán lo mismo, como es natural. Muy buen deseo, muy buenos modales, mucha religión. ¡Ah! ¡Y son inteligentes! Los hay que forman colecciones de minerales raros y de insectos, muy dignas de verse; se lo aseguro á usted. Las fatigas del Magisterio hallan recompensa. ¡Oh! es preciso confesarlo. Y cuando la escuela va bien, va bien todo, porque nosotros vivimos por ella y para ella: ¿no es cierto? Y el tiempo pasa alegremente. ¡Veinte años! ¡Bah! Veinte meses. Cuando se goza de buena salud, por de contado. Basta: demos gracias al de arriba. Otra copita, ¡valientes!

Y echando de ver que estaba procurando poner vino en el vaso con una botella tapada todavía, se le escapó una carcajada franca de muchacho, cuyo ruidoso eco formaba la criada, que se doblaba de tanto reirse.

Miraba entre tanto con admiración Emilio Ratti á aquel pobre sacerdote, anciano, que parecía feliz con tan poca cosa, y buscaba entre sí, no sin un poquito de envidia, las fuentes morales de que podía manar aquella dicha; los sentimientos y las ideas habituales

de que podría componerse, ó la singular y afortunada condición del organismo físico que podía producirla; porque no le parecía posible que procediese todo del sentimiento de la fe religiosa, inseparable siempre de las dudas, de los terrores y de los combates.

Chanceándose sin cesar el cura, acompañó á los dos maestros hasta la puerta del patio, y señalándoles con el dedo hacia tres vacas que á la sazón entraban, dijo tornando á sus carcajadas de muchacho:

—¡He ahí los caloríferos del cuerpo docente!

Y se extendió en el elogio de la leche. Después, formando todos corro en la calle, refirió con hilaridad infantil lo sucedido á un alumno suyo, que hacía ya quince años, con ocasión de una visita del ministro de Instrucción pública, el cual había ido á veranear un mes á Camina, recitó en voz alta en el libro de lectura: «El viento que parte del S. E. (1)» *el viento que parte de su Excelencia.*

Mientras los cinco reían á carcajadas, sonó á cinco pasos de ellos una voz vibrante de mujer, que decía:

—Buenas noches, padre.

Era la maestra señora Pedani, que volvía de una excursión con seis de sus discípulas. Todos se volvieron á saludarla. Así, alta y vigorosa, con una gran pluma negra en el sombrero, con el rostro encendido por los aires de la montaña, envuelta en su capote gris, que parecía una malla de alambre, alta de pechos y respirando con fuerza, estaba admirable. Emilio se sintió más impresionado todavía que en su primer encuentro con la hermosa joven; pero esta impresión no le impidió advertir que el sobrino del señor Bruna se había puesto encarnado en la cara, en los ojos y hasta en el cuello, con un encarnado tan igual y tan encendido, que casi lo desfiguraba, y tenía los ojos muy abiertos y clavados en tierra, como si la misma vergüenza lo aniquilase. El maestro Reale, que no tenía su conciencia muy limpia, se había separado bastante del grupo.

La maestra se detuvo delante del señor Bruna y le explicó de qué manera todos los jueves llevaba á dar un paseo higiénico á algunas de sus discípulas,

(1) S. E., abreviatura de *Sudeste*. (N. del T.)

y muy especialmente las hijas de familias principales, porque éstas en el invierno no hacían el ejercicio necesario. La maestra tenía en eso sus ideas. Era preciso transformar por completo la educación física de la mujer, que solamente se educaba para la ternura, siendo así que en la vida real estaba destinada á sobrellevar dolores físicos más fuertes y á realizar sacrificios más duros que el hombre. Mientras existiera la debilidad de las mujeres, subsistiría la flaqueza en el hombre. La maestra aspiraba á que sus discípulas llegasen á ser más fuertes y más vigorosas que los muchachos de la misma edad. Hacía dar paseos progresivos, prolongándolos cada vez media milla. En la semana anterior habían realizado una expedición á San Roque; en aquella tarde misma habían llegado hasta Marra. En estas palabras hizo oír media docena de erres. Hablaba sin prestar la atención más insignificante en aquellos cinco pares de ojos clavados sólo en ella; pero miraba á las personas como si tratase de medir sus estaturas y teniendo siempre un pie algo adelantado, y una mano en el bastoncillo como sobre el puño de una espada.

San Roque, la Marra, las calles, las niñas... todo y á todos conocía el curita, que dijo una broma acerca de cada cosa con un acrecentamiento de regocijo, como si la presencia de la bella joven le electrizarase. Y no ya solamente en sus ojos lípidos y risueños no aparecía entonces el más débil fulgor de un pensamiento sensual, sino que hasta habría parecido imposible á cualquiera, al mirarle, pensar que aquel ancianito alegre podía haber experimentado en otro tiempo turbaciones de cierta índole. Comprendíase que la vista de aquella muchacha lo animaba, como anima el espectáculo de una fiesta alegre á un niño; que para él aquella joven no era una hembra, era la juventud, la primavera encarnada que pasaba; no otra cosa.

—Buenas noches, señores—dijo bruscamente la maestra; y prosiguió su camino á paso largo, seguida de su tropa.

Los dos maestros, despidiéndose del sacerdote, se encaminaron al pueblo, á unos cincuenta pasos de la

señorita Pedani, siguiéndola con los ojos. Cuando la maestra desapareció detrás de las tapias de su jardín, el señor Reale se detuvo, y volviéndose hacia su colega, á quien vió pensativo, le puso el dedo índice en el pecho, y le dijo riendo:

—¡Está usted cogido!

—¡Qué majadería!—replicó Emilio con despecho.

—En verdad—murmuró el otro, volviendo á ponerse en movimiento con paso vacilante,—nada hay que decir...: es un hermoso cacho de cielo.

#### EL ALCALDE EN ESCENA

Aquel encuentro dejó efectivamente en el joven una especie de inquietud física, una efervescencia de imágenes sensuales de adolescente, mezcladas con un cierto instinto de rebajamiento que sentía al comparar su persona modesta con la poderosa y atrevida personalidad de la joven, detrás de la cual comenzó casi á ocultársele la imagen de Faustina Galli, que hasta entonces había permanecido siempre delante, muy próxima y completa. Pero de tal manera estaba viva en el espíritu de Emilio la pasión por la escuela en aquellos días, que, lejos de verse perturbado, adquirió nueva fuerza en aquella sobreexcitación de los sentidos, como un potrero con un latigazo: el maestro fundió en aquella pasión todos sus deseos, y halló en ella afecto y elocuencia para sus discípulos. Habíanse manifestado entre estos caracteres algo revoltosos; pero habíanse revelado también otros buenos y amables, á quienes no había adivinado en los días primeros; á la tarea de domar á los unos y de perfeccionar á los otros podía dedicarse por entero y tranquilamente, porque le dejaban del todo libre las condiciones del pueblo, el cual, á la sazón, no se hallaba agitado por ninguna lucha de partido que le impusiera la necesidad de estar con el uno ó con el otro, ó de marchar bien

con los dos. Todas las luchas habían cesado desde que el jefe del partido contrario al alcalde señor Lorsa, jefe que era un conde rural y demócrata, reducido por los años y por el abuso del Barolo rancio á un estado habitual de inercia satisfecha y tranquila, se había retirado del palenque, dándose por contento con atacar á los adversarios con diez ó doce epigramas, los mismos siempre, que desde hacía ya muchos años repetía en la mesa, después del café, y casi siempre en el mismo orden. Habiéndosele muerto un su sobrino, teniente de navío, que era su único heredero, había tenido un antojo de viejo rico y que desea que hablen de él: había hecho construir en Camina un teatro bastante espacioso, en el que todos los años representaba la colonia veraniega; y habiendo querido la gran mayoría de los vecinos del pueblo que se diese al teatro el nombre de su fundador, esto había sido suficiente para apagar todas sus ambiciones de gloria. De este modo, con la apertura del teatro, había cerrado la lucha de las facciones. No contribuía poco á tener á raya á los contados partidarios del Conde que habrían querido alzar el gallo, la circunstancia de que el alcalde señor Lorsa había sido en su juventud muy terrible en el pugilato, y conservaba todavía reputación de hombre recio, capaz de doblar una moneda con los dedos; porque en los pueblecillos, donde tiene menos ocasión de desplegarse la superioridad intelectual, se conceden más consideraciones que en las ciudades á la fuerza de los puños. A tantas y tan diferentes concausas debía el maestro su paz. Y hasta se daba el caso de que la única autoridad con la cual le hubiera desagradado entenderse, el delegado del pelo rojo, nunca se dejaba ver en las clases con motivo de su tartamudez, que provocaba la hilaridad de los alumnos. Lo único que le disgustaba era que el ordenanza del Municipio, que debería barrer todos los días la escuela, lo hacía solamente cuando le acomodaba, y el alcalde, que le encargaba de otras tareas extrañas á su oficio, hacía la vista gorda.

Este ordenanza era un ente muy original; un inválido, con dos enormes mostachos canosos, que por haber sido herido en el vientre por un rancajo en la